

~ Reseñas ~

MARGARET SHRIMPTON MASSON, et al., editores. *Cuerpos abyectos: infancia, género y violencia*. Universidad Autónoma de Yucatán, 2017.

En la Universidad Autónoma de Yucatán surge el libro *Cuerpos abyectos: infancia, género y violencia*, fruto de una labor de recopilación y edición de la Doctora en Ciencias Filológicas por la Universidad de la Habana, Margaret Shrimpton Masson; en conjunto con el maestro en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, David Loría Araujo; y la Doctora en Letras por la Universidad Autónoma de México, Celia Esperanza Rosado Avilés. Los editores, conscientes del aumento de la violencia en el país y cómo esta pasa a ser cada vez más cotidiana, especialmente entre jóvenes y niños, proponen, en los quince ensayos que conforman el libro, la revisualización de las estructuras íntimas de la violencia sobre los cuerpos. Esta es un tipo especial de violencia que, como los mismos editores afirman en la introducción “ahora aumenta, no solo en volumen (en números), sino también por los cambios profundos en cómo se expresa y contra qué cuerpos se ejerce” (Shrimpton 15).

Cuerpos abyectos: infancia, género y violencia inicia con un estudio introductorio, a cargo de los editores del libro, que perfila la delimitación y enfoque del corpus, y que aborda el tema de la violencia y lo abyecto en la literatura. A la vez, se proporciona una breve explicación de los cuatro apartados que conforman el libro: “Discusiones sobre literatura infantil y juvenil”, “Infancias monstruosas y perversas”, “Desfiguraciones mexicanas” y “Violencia y representación narrativa del cuerpo”. Estos apartados, como los editores explican en la misma introducción, corresponden a tres áreas teórico-conceptuales desarrolladas por Julia Kristeva sobre el

cuerpo abyecto: como perversión, como monstruoso y relacionado con la precariedad.

La introducción del libro, “Violencias del cuerpo en el siglo XXI”, abre con tres titulares del *Diario de Yucatán* del mismo mes de julio de 2017, con tan solo tres días de diferencia entre ellos, que sirven para reflejar la escalada de una agresión multifacética: “Homicidios al alza”, “Intento de violación. Al no lograr su cometido, apuñala 2 veces a la víctima” y “Violencia que lacera”. Es una violencia visible y palpable que afecta a todas las entidades del país, donde el 72.4% de la población nacional dice sentirse inseguro por su virulencia; violencia que perjudica más a los estratos sociales más vulnerables o con mayor marginación (que a la vez se encuentra más invisibilizada) como, por ejemplo, las comunidades indígenas, los niños o las mujeres, según datos de INEGI proporcionados por los mismos editores. Contra la apabullante y transgresora violencia cotidiana que afecta no solo el cuerpo de la víctima, sino también su estado mental, económico y social, este corpus de ensayos interroga y evidencia las prácticas sociales que permiten y encubren el dominio de un ser sobre otro, que puede aparecer en diferentes formas, como la dominación corporal y la dominación lingüística. Mediante el cuestionamiento de las prácticas de sometimiento corporal, la lingüística sexista y discriminatoria, y el abuso sexual, patrones solapados por la sociedad, los quince textos que conforman el libro responden a la necesidad de reinterpretar los cuerpos violentados en los diferentes niveles de la sociedad, desde una mirada alimentada por los estudios de género.

A la introducción sigue la entrevista titulada “Las palabras de Casandra. Diálogo sobre la novela *El lenguaje de las orquídeas*”, que David Loría Araujo realiza a Adriana González Mateos, autora de dicha novela, publicada por Tusquets en 2007. El diálogo entre Adriana y David, llevado a cabo en 2017, desencadenó la recopilación de ensayos. Asimismo, el trabajo de Adriana como escritora, como activista, como profesora y como mujer se relaciona con los ejes estructurales que muestra el título del libro. La narración autobiográfica de la autora, quien tuvo que recuperar su propia voz perdida ante la violencia silenciadora de su tío durante su infancia, entreteje los recuerdos de una niña que no es capaz de comprender

en su totalidad el abuso familiar que sufrió hasta ya llegada la adultez. Adriana y David remarcan la similitud entre Casandra, princesa troyana con el don de la profecía pero sin alguien que creyera sus palabras, y la situación dolorosamente cotidiana de miles de mujeres que se atreven a alzar su voz contra la violencia y se encuentran con una sociedad que no les cree o las culpabiliza. La lucha constante por recobrar la credibilidad ante un abuso minimizado se refleja en la dominación del lenguaje, donde quien habla encuentra negado su discurso. Esto se extrapola a la decisión de la autora de utilizar un discurso ficcional y no testimonial. Según sus palabras: “en este caso de abuso sexual, la testigo no tiene credibilidad *per se*. El testimonio me parecía muy frágil.” Asimismo, la protagonista de la novela, que ostenta la voz narrativa, presenta un lenguaje escurridizo, fragmentado como su propio cuerpo violentado. El título de la novela, *El lenguaje de las orquídeas*, revela una íntima conexión entre la protagonista y estas flores. Es al final de la narración cuando ella se identifica con una orquídea rota por ella misma y se pregunta si las orquídeas tienen lenguaje. Esto crea un eje metafórico que conecta el lenguaje de las flores con un lenguaje imposibilitado para expresarse ante la violencia. Además de la entrevista, a manera de anexo se incluye al final del libro el capítulo quinto de la novela, titulado “Toros”. Está narrado en segunda persona y es tema de conversación en la entrevista, ya que empezó como un cuento, fruto de la necesidad de la autora de contar su experiencia, y terminó siendo génesis de la novela.

La primera sección del compendio, “Discusiones sobre literatura infantil y juvenil”, es donde empieza con propiedad el despliegue de ensayos, con cinco textos cuyo objetivo no solo es introducir una delimitación teórica-metodológica que se reflejará a lo largo de los ensayos, sino también acercar el campo literario a situaciones reales y cotidianas de violencia. De esta manera, funge como una segunda introducción, una introducción por otras voces que complementan, desarrollan y ejemplifican los conceptos básicos del corpus: los diferentes tipos de violencia *ejecutada* hacia una diversidad de cuerpos y sujetos abyectos que no encajan con la normatividad social, así como la interacción de los niños con la violencia.

El primer ensayo “Discurso, género y violencia: entre signos e imaginarios sobre la infancia” de Celia Rosado Avilés y Oscar Ortega Arango, se introduce en el análisis semántico del género, del discurso y de la violencia impuestos por las condicionantes sociales, así como de signos e imaginarios en la infancia. Mediante el análisis de ciertas conductas, con base en una fotografía de un niño yucateco de la década de los veinte, se descubren los arquetipos de lo masculino y de lo femenino que terminaron por convertirse en normativos y cómo ante toda transgresión de estos hay un rechazo que puede terminar en violencia.

El siguiente ensayo, “Ferocidad y ternura, los reflejos perturbadores y los niños repugnados en una primaria de Yucatán”, reintroduce las teorías de lo abyecto proporcionadas por Kristeva. Muestra las condiciones sociales de una primaria marginal de Yucatán mediante breves testimonios que ejemplifican la diversidad de sujetos que sobrepasan los límites de “lo normal” y son rechazados de distintas maneras por la sociedad. Así, nos encontramos con niños que ríen ante la violencia real y virtual contra prostitutas y gays, niños enfermos que por su condición son excluidos, o niños cholos, niñas machas, niños foráneos que mediante su diferencia exponen la fragilidad del orden escolar. Se muestra la incapacidad del sistema educativo para proporcionar un espacio y una esperanza seguros y adecuados.

Los infantes yucatecos son también protagonistas de dos estudios realizados por Mily Martínez Contreras en los años 2010, 2011 y 2017, que propiciaron la creación del ensayo “Armas de lectura: la violencia, su representación literaria y su apreciación en la infancia intermedia”. En este, Martínez muestra los resultados de su investigación sobre percepción y asimilación de la violencia en literatura desde los ojos de niños. No obstante las diferencias de edad, las conclusiones son altamente similares: a pesar de su corta edad, los niños son capaces de captar la violencia literaria e incluso efectuar juicios morales positivos o negativos sobre esta.

Los últimos dos ensayos de la sección, “El espejo roto: la violencia en la literatura infantil y juvenil latinoamericana” y “Neosubversión en el libro-álbum. Contra la estereotípica representación infantil: el caso de la migración”, conforman un análisis de las re-

presentaciones literarias de la marginación y la agresión. El primero declara la violencia en literatura como evidencia de otra violencia directa, cultural y estructural presente en las sociedades latinoamericanas y explica cómo esta representación literaria artística anticipa a los lectores dicha situación. También menciona la censura o limitación de contenidos violentos o “inapropiados” (ya sea material sexual, palabras y frases vulgares, uso de drogas, entre otros) impuesta por las casas editoriales a la literatura infantil y juvenil. Este tema se entrelaza con el análisis de los libro-álbum, que permiten un acercamiento lúdico, íconotextual y revitalizante a temas que suelen ser omitidos por ciertas editoriales, lo que ha permitido la creación de un nuevo corpus que desafía los textos que presentan situaciones y personajes muy normalizados.

Sigue la sección “Infancias monstruosas y perversas”, donde se explora el concepto de normatividad como condicionante social y su contraparte, lo abyecto, así como la forma en que las mujeres (en estos casos, mujeres-niñas) se enfrentan a estos cánones sociales que las violentan. Partiendo del ensayo sociocrítico de la obra *Justine o los infortunios de la virtud* de Marqués de Sade, (única obra analizada que rompe con la constante espaciotemporal latinoamericana y contemporánea) vemos cómo los estándares sociales, en este caso representados por una moral cristiana, son violentados por lo abyecto: la casta Justine debe defenderse ante las perversiones de los burgueses y aristócratas que intentan aprovecharse sexualmente de su virtud. Aquí no es la perversión mal vista por la sociedad la que sufre los embistes de la violencia, sino lo que es considerado correcto y normativo; esto subraya la necesidad imperante del poder para dominar otros cuerpos. Es la fuerza brutal del poder socioeconómico, político, cultural lo que acarrea, pues, el dominio de uno sobre el otro.

Dando un salto temporal y geográfico nos posicionamos en la década de los sesenta en Colombia. Con dos tercios recorridos del “moderno” siglo XX y aún con los nuevos modelos de feminidad, las jóvenes protagonistas, en una edad entre niñas y mujeres, presentadas en la obra de Fanny Buitrago, *El hostigante verano de los dioses*, se encuentran con la reducción de sus cuerpos y de su sexualidad

femenina a la fantasía patriarcal de la dicotomía inocencia-tentación. De esta manera la mujer queda clasificada según su decencia, su cuerpo y su reputación para ser utilizada como objeto de consumo, no como un ser completo. Las protagonistas intentan romper con la hegemonía masculina y sus estándares, o bien, se culpabilizan por no cumplirlos o se ven violentadas por quienes, en un intento de reprimirlas, terminan vencéndolas. La violencia ejercida sobre sus cuerpos termina por convertirlas en masas carnosas abyectas, humilladas, envejecidas prematuramente, sucias y degradadas.

Siguiendo con el deseo masculino de presentar a la niña a la vez inocente y tentadora, el siguiente ensayo se adentra en el deseo más abyecto, el socialmente más estigmatizado: el incesto. Mediante el ensayo "*Las violetas son flores del deseo: la abyección de desear*" se visualiza el deseo carnal de Julián, producto de una sociedad binaria macho-hembra, por su hija adolescente Violeta. La mirada del padre transmite su inmoral deseo, acechando y degradando a su hija sin tocarla. El deseo incestuoso se encuentra prohibido tanto por la ley como por las instituciones sociales y la transgresión de esta normatividad conlleva la clandestinidad, la invisibilización y por extensión, lo abyecto. El incesto también es analizado en el ensayo de Mariel Góngora González, a partir de la desfiguración gótica que transforma el espacio íntimo de un padre y su hija acostados en una cama. En su cuento, "Apunte gótico", Inés Arredondo sugiere hechos perversos sucedidos fuera del tiempo narrativo. Hay una doble deformación corporal: el padre, sin moverse, es comparado y confundido con un cadáver por su hija, quien a la vez observa la introducción de una niña-rata llamada Adelina, ser que repta por el cuerpo paterno, a quien se describe de forma pavorosa pero simultáneamente humanizadora.

"Desfiguraciones mexicanas" nos acerca al panorama nacional de las otras representaciones del cuerpo, representaciones anormales donde este es animalizado, mutilado e incluso privado de su humanidad mediante métodos artificiales. En el ensayo de Eloísa Alcocer Vázquez, Elena Garro nos presenta la animalización de dos infantas hermanas que se someten gustosas a tal proceso deshumanizador: su natural extrañeza y desconocimiento ante la muerte y la

violencia presenciadas, producto de su corta edad, junto con su desbordada imaginación pueril, propicia que ante las impresiones causadas al presenciar estos hechos decidan convertirse en dos perros llamados Cristo y Buda. De esta manera consiguen una asimilación de la muerte mediante su imaginación, que se convierte en la fuente de creación de una realidad paralela, más acorde a ellas, donde se nombran y se reconocen dentro de una nueva identidad, donde, al ser ellas solo dos perritos sin conciencia humana, se encuentran más allá de los conceptos de violencia, crimen, temor y muerte. Al ser interrogadas sobre el asesinato presenciado, que desencadena su metamorfosis imaginaria en canes, ellas solo responden ladrando.

Más adelante, mediante la comparación de los cuentos “Historia de Mariquita” y “Conservas”, David Loría Araujo nos introduce en las gestaciones abyectas. El primer cuento nos presenta a una recién nacida muerta que es conservada por su padre en un frasco de formol, en un intento artificial de prolongar su existencia. Siendo el padre y no la madre quien asume estos roles de gestación, empieza a perfilarse una no existencia abyecta, alejada de toda normatividad social: el frasco con la bebé muerta se convierte en un integrante más de la familia, lo que provoca el rechazo social de esta y su reclusión. El padre, pseudo dominador incluso de la muerte, lo es también de sus demás hijas, a quienes impone la convivencia con su hermana muerta, y quienes, aún después de la muerte del progenitor, continúan dominadas por la soledad y el frasco impuestos por el padre. María, la niña que no pudo ser, representa el rechazo de la racionalidad, del ciclo vida-muerte, de las normas sociales y de la maternidad, al presentar su cuerpo como un ser animado e infantilizado. Por su parte, en “Conservas” nos encontramos con Teresita, embrión de tres meses humanizado cuando se le proporciona sexo y nombre (a pesar de la imposibilidad de conocer el sexo del embrión a una edad tan temprana). Ante la angustia de sus padres, el embrión es expulsado del cuerpo materno por la boca para ser conservado en un frasco, a la espera del tiempo propicio para su gestación. Se nos presentan, pues, dos formas abyectas de existencia, donde la muerte y la vida se retrasan, provocando que estos bebés queden en un limbo entre ser y no ser.

Como profundización en la temática cuerpo-violencia, nos encontramos con tres ensayos finales que analizan la deshumanización del cuerpo resultado del uso de la violencia sistemática. El cuerpo, sea el de una víctima o de un victimario, se constituye como un campo vivencial que conecta pasado y presente, deformado por la violencia. Esta misma mutilación, física o simbólica, imposibilita la recuperación psicológica del sufrimiento. En las situaciones conflictivas centroamericanas del siglo XX, por ejemplo, se enseñaba a categorizar al enemigo como un cuerpo, no como un sujeto, incluso por debajo de los animales, lo que permitía la excesiva agresión contra el cuerpo del otro, una agresión física donde se destrozaba el organismo humano y a la vez se negaba la humanización de los ritos funerarios. De la misma manera, el constante bombardeo de la exhibición de la muerte y del cuerpo mutilado propició en la población centroamericana (si bien es algo que podría ocurrir en cualquier sociedad) una insensibilización ante lo que antaño causaba repugnancia, con lo que se perdió la dignidad del cuerpo, incluso aún en la muerte. Pero el cuerpo mutilado no tiene que poseer una carga totalmente negativa: mediante la exposición de las heridas y las cicatrices, el cuerpo, a través de su papel de museo-memoria, es capaz de recuperar la memoria histórica excluida de la historia oficial.

Cuerpos abyectos: infancia, género y violencia presenta una colección de ensayos provocativos, que invitan al lector a reflexionar sobre los paradigmas del cuerpo y de la violencia. Los temas tratados en cada uno de los textos se muestran lamentablemente como cotidianos, dolorosamente íntimos en cada uno de los casos. Tanto denuncia como testimonio, estos quince ensayos reanalizan los modelos de dominación enmascarados en el seno de la sociedad. Los cuerpos abyectos, los cuerpos reclusos y violentados por la sociedad normativa funcionan como representantes del deseo de la no violencia, imperante en un continente violento hasta la médula.

Elainé Valenzuela Maldonado